

El golpe militar de 1930 comprendió, pues, dos procesos fundamentales: la enajenación de los intereses conservadores ligados a la exportación y de los grupos de poder pertenecientes a ellos, como el ejército, y la súbita pérdida de apoyo popular por parte del gobierno. Parece haber pruebas suficientes de que el principal factor subyacente en esos procesos fue la depresión económica. En 1930 el «conservadorismo» había llegado a exigir una posición de flexibilidad política y de control directo del Estado para proteger sus intereses económicos. En períodos de auge de las exportaciones y de expansión la élite podía delegar su poder político en una coalición que abarcara a sectores de la población urbana, como el radicalismo; pero en medio de una depresión —como hasta cierto punto había demostrado la época de 1921 a 1924— los soportes objetivos de la alianza desaparecían de inmediato, apareciendo una situación de suma cero en la que un grupo o el otro se veía forzado a hacer sacrificios económicos.



La diferencia entre la depresión de posguerra y los acontecimientos de 1930 radica, obviamente, en el grado de severidad de ambas crisis. En 1930 el gobierno había fomentado tantas expectativas que le fue imposible encontrar el modo de repartir los sacrificios a que obligaba la contracción económica; sus intentos en tal sentido no hicieron más que levantar por doquier oposición contra él. Por último, como antes le había ocurrido a Alvear, el control del partido se le escapó de las manos a Yrigoyen. Así, se repitió una situación que ya se había presentado esporádicamente en 1919, pero de modo mucho más acentuado, y los conservadores y las clases medias urbanas pudieron unirse durante un lapso suficiente como para derrocar al gobierno.

De este modo paradójico llegó a un abrupto final la era de las alianzas políticas entre la élite y las clases medias urbanas, iniciada con la fundación de la UC en 1890. A pesar de que alentaron el golpe de Estado, en la década del treinta las clases medias se vieron prontamente privadas de los frutos del poder de que habían gozado con Yrigoyen; fue por ello que tan rápidamente se enfrentaron con el gobierno militar de Uriburu. Después de setiembre el gasto público fue inmediata e implacablemente reducido para aliviar la presión sobre el crédito interno e impedir que el país no pudiera cumplir los compromisos contraídos con el exterior. Los principales perjudicados fueron los grupos de clase media dependiente. Más adelante se introdujo un sistema de control cambiario que castigaba a los consumidores urbanos al aumentar los precios de los artículos importados; al mismo tiempo, se hacía todo lo posible por apuntalar la situación de los terratenientes, renegociando sus mercados, otorgándoles generosos créditos y alentándolos a reducir sus costos mediante una disminución de los salarios agropecuarios. Por muy diversas razones, el radicalismo no logró recobrarse del daño sufrido en 1930. A partir de entonces, y si se exceptúan unos breves y esporádicos lapsos muchos años más tarde, fue siempre un partido de oposición.